

LA CREADORA

La ardilla, llevada por el hambre, salió del árbol hueco que era su casa. Las primeras luces de la primavera iluminaron sus marrones ojos almendrados, haciendo caer la oscuridad de su hogar. Con pequeños saltos vivaces, producidos por el muelle de la curiosidad, iba de un lado a otro, inspeccionándolo todo. En su camino encontró imágenes redondas, nueces que caían del árbol de la palabra escrita. Entusiasmada, tragaba las imágenes para llevarlas en su boca a su oscuro hogar. Y el tronco vacío se iba llenando de ellas a medida que pasaban los días. Pero no solamente esta pequeña y vivaz criatura se alimentaba de la palabra escrita. En el bosque, escenario de su vida, había vivencias blancas y negras. Parajes de fría oscuridad al lado de verde pradera, donde el sol descansaba, tendido en medio de sus luces. Y la ardilla pasaba de la oscuridad a la luz, del calor al frío, recolectando redondas imágenes para llevarlas a su hogar lúgubre y vacío. En su tronco marrón las imágenes almacenadas eran ordenadas por la ardilla de forma juiciosa. Y las digería en discursos de palabras que ascendían por el antaño vacío tronco y explotaban en luminosas ramas de fuegos artificiales, dibujando una frondosa copa de la que los hombres se alimentaban.